

Armando Bazán

Indigenismo en América



L planteamiento del problema indígena no es del todo nuevo. Data nada menos que de los mismos tiempos del coloniaje, de los tiempos en que Isabel la Católica, dictaba en los últimos días de su vida las célebres Leyes de Indias, y el insigne fraile Bartolomé de las Casas junto con otros cristianos ilustres luchaba denodadamente porque el indio gozara no sólo de los atributos morales sino también de las mismas facultades jurídicas que sus conquistadores.

Pero si realmente no es del todo nuevo, sus términos son cada vez más acuciadores y urgentes para ciertos países de nuestra América donde cien años de república le tenían relegado a la sombra, a medida que en nuestros días va llevándose acaba aceleradamente el desarrollo industrial y aumentando el nivel cultural del Nuevo Mundo. De aquí que se observe en dichos países—Perú, Bolivia, México, por ejemplo—la presencia y el fortalecimiento de múltiples corrientes indigenistas, algunas de las cuales, tal vez las más inten-

sas, manifiestan un confuso contenido; hasta tal extremo que a veces se percibe en ellas a causa del mismo fervor que las anima una tendencia a negar ciertos valores efectivos, a ir en contra de ciertas leyes manifiestas de la historia,

¿Qué es lo que hace del indigenismo un movimiento digno del más alto destino, de la más encendida alabanza? Y ¿qué es lo que puede haber de retrógrado dentro de su innegable impulso de transformación social?

Lo que hace del indigenismo de nuestros días un movimiento digno del más alto destino es ese mismo sentimiento, ese mismo anhelo que alentaban en sus más lejanos precursores; ese sentimiento de solidaridad humana, ese nobilísimo anhelo de ayudar al indio a conseguir su emancipación política, su rehabilitación como elemento creador dentro de todas las actividades de la vida contemporánea. En una palabra: su incorporación integral a la vida y al desarrollo de la cultura occidental.

Su incorporación integral a la vida y desarrollo de cultura occidental. Este es precisamente el punto que no parece estar debidamente dilucidado puesto que cierto indigenismo querría ponerse de espaldas—claro que sólo teóricamente—a dicha cultura basándose en la irreflexiva afirmación de que el indio puede bastarse con sus formas sociales y su cultura propias. De aquí en mi concepto el elemento retrógado de la cuestión. Y para que no lo fuera habría necesidad de pro-

bar y establecer en primer lugar, que las culturas autóctonas de América se encontraban, por lo menos al mismo nivel de evolución y perfeccionamiento que la cultura de los conquistadores. Y, en segundo lugar, que esas culturas han seguido su proceso evolutivo en la misma forma que la cultura Occidental del cristianismo y la ciencia experimental. Hechos a todas luces improbables ciertamente.

Es necesario tener muy en cuenta que no se trata aquí de la condición y calidad de los elementos humanos puestos en contacto por el descubrimiento de Colón. Es indiscutible que, como elemento humano el aborígen americano no desmerece junto al de ninguna otra raza. Y la literatura castellana está abrumada de testimonios escritos por los mismos conquistadores que reconocen en el indio grandes virtudes y se sienten a veces inferiores a él en ciertos planos. No se trata de eso. Se trata de probar que el proceso de evolución social estaba infinitamente más avanzado en el hombre que venía zurcando el Atlántico con sus cruces y sus cañones que en el hombre estacionado aún en el templo del Sol y en la flecha.

La cultura que vino de Occidente y que ha seguido aquí su evolución era y sigue siendo la culminación de las más trascendentales experiencias humanas de todos los tiempos, puesto que la Historia de Egipto está eslabonada e influyendo sobre la Historia de Persia y ésta sobre la de Judea, Grecia y Roma. Esta es la razón por la cual mientras aztecas y quechuas aislados

en este continente se encontraban aún en la etapa de la idolatría y el sacrificio humano a los dioses, en el cultivo colectivo de la tierra, en el empirismo del derecho,—costumbres y formas sociales se encuentran en los más alejados tiempos de la historia egipcia, persa, judaica, griega y romana,—el hombre hispano del siglo XV venía dueño ya de esa idea del Dios de Amor, nacido de Jehová, es decir de una idea a la que había llegado el hombre en un prodigioso esfuerzo de pensamiento; venía sabiendo ya lo que es el derecho romano y conociendo las primeras creaciones de la ciencia.

Debemos tener también en cuenta que no se trata de tomar como elementos de apreciación las desviaciones y fallas de lo que constituye la esencia de la cultura Occidental. Claro está que en nombre de ese Dios de Amor, se asesinó y se masacró aquí en América lo mismo que en la misma Europa. Se trata de tomar los signos de afirmación aportados por el progreso del espíritu humano. Porque lo contrario nos haría caer en el más completo escepticismo; más aun en los tiempos actuales ante el espantable cuadro de nuestro mundo conturbado que probaría aparentemente un vertiginoso retroceso a las formas primitivas de la vida social a pesar de todo el esfuerzo secular de incontables generaciones, a pesar de la religión, de la filosofía, del arte y de la ciencia. Se trata de creer y de afirmar. De creer en la evolución del hombre; de afirmar su noble esencia. Por más débiles que parezcan las voces

del espíritu en los momentos actuales, su destino es el de hacerle cada vez más potentes y triunfales. Y en esta línea de razonamiento, cuando tratamos de juzgar a los conquistadores cristianos, a pesar de todos sus errores y tropiezos, tenemos que reconocerles una superioridad indiscutible con respecto al aborígen idólatra.

La colonización fué una verdadera fatalidad histórica para el indio porque en razón de las causas anteriormente expuestas, no tuvo la capacidad de absorber a sus conquistadores; ni los conquistadores—a causa de no haber llegado aún a la plenitud de la forma capitalista—pudieron incorporar integralmente a su cultura a pesar del impulso desarrollado en ese sentido. (El español en su inmensa mayoría no tuvo el menor reparo en cruzarse con el indio, mientras que el conquistador inglés, por ejemplo cuida no hacerlo con el hindú). De aquí que en América se produjera ese fenómeno interesantísimo, que hasta nuestros días sigue siendo fatal para la gran masa indígena: el hecho de que junto a ella fuera desarrollándose y creciendo una agrupación compuesta básicamente de mestizos y criollos—blancos también en pequeña proporción—. Y mientras esta agrupación social siguió naturalmente el camino de la cultura occidental, cada vez más rica y avasalladora, esa masa indígena permaneció estancada en sus retrasadísimas formas, empobreciendo su idioma y sin llegar a tomar del cristianismo nada más que ciertas formas del ceremonial.

¿Cómo habría podido el indio en tales condiciones

dar alguna aportación a la actividad creadora de nuestros tiempos? ¿Y cómo sería posible creer que en tales condiciones podría bastarse a sí mismo?

No me es nada desconocido, claro está, el esfuerzo creador que necesariamente tiene que manifestarse en toda colectividad humana: me refiero a la actividad artística. El indio tiene su arte propio y por más que se encuentre en el balbuceo, está llamado a tener un florecimiento magnífico. Pero no nos engañemos creyendo que el arte de Diego de Rivera en México, o el de Camilo Blas en el Perú son ya específicamente indígenas. Nada de eso. Diego Rivera y Camilo Blas son mestizos y están incorporados íntegramente a la cultura occidental. Se han nutrido con las esencias del cristianismo—lo cual no niega que el primero haya llegado a ser marxista, ni que el segundo pueda estar o no en vías de serlo—. De toda manera, occidentales al ciento por ciento. Lo que pasa es que son artistas de verdadero genio y que por eso pueden penetrar hasta el alma de sus motivos para interpretarlos con mayor o menor justeza. Tomando para ello algún elemento de su técnica—algún elemento—del arte indígena, puesto que en lo que toca a Diego Rivera, que vivió veinte años en Europa, todo lo debe a los pre-renacentistas—y el segundo, a Sabogal que a su vez proviene directamente de Velázquez y de Goya. Su arte no es pues específicamente indígena. Pero, como se observa en toda la historia del arte, la obra creadora de estos artistas servirá para iluminar vastamente

el horizonte del arte indígena cuando llegue su hora de florecimiento.

Esa cultura indígena que encontró Occidente al descubrir América, y que desde entonces, como lo hemos visto se quedó estancada, no puede pues bastarse a sí misma. Otros pueblos que tuvieron la suerte de llegar a planos superiores de cultura como el hindú o el chino, por ejemplo; que aportaron a la sociedad humana elementos de primer orden religioso, filosófico en el terreno de la religión, de la sociología, del arte, pueblos que, por lo mismo cuentan con una riquísima tradición secular no pueden ya bastarse a sí mismos en estos tiempos de la locomotora y el aeroplano, lo estamos viendo con meridiana claridad, y no tienen más remedio que abrir de par en par sus puertas a los vientos renovadores de occidente, renunciar a una infinidad de ideas y creencias rudimentarias y apoderarse febrilmente de la nueva técnica, de la ciencia contemporánea para no permanecer subyugados, estancados y estériles detro del fuego de los grandes pueblos occidentales.

Este es el único camino: poner al indio en condiciones de comprender y absorber la cultura occidental. Sólo así podrá desarrollar sus grandes condiciones artísticas y hasta algunas de sus formas sociales como el aillu en algunas religiones, por ejemplo. Sólo así podrá el indio, como agrupación social, desempeñar un papel importante en la actividad creadora de nuestros tiempos.